

Los avatares del (anti)maquiavelismo

Roberto R. Aramayo

«Si Maquiavelo hubiera tenido un príncipe por discípulo, la primera cosa que le hubiera recomendado habría sido escribir contra él».

Estas líneas están entresacadas de las *Memorias* escritas por Voltaire y fueron dedicadas a su regio ex-amigo Federico el Grande, al que quiere aludir aquí en cuanto autor de una obra titulada justamente *Antimaquiavelo*. Lo que sigue podría ser entendido como un mero comentario a esta observación de Voltaire, la cual viene a explicar a su vez el paréntesis de mi título. Con él quiero aludir a un fenómeno sin par en la historia de las ideas: el de las vicisitudes a que se han visto sometidos los partidarios del antimaquiavelismo, quienes parecen condenados a sufrir una metamorfosis merced a la cual quien se opone al maquiavelismo suele ser considerado con suma facilidad uno de sus adeptos, ya que siempre cabe describir su ataque como una sutil artimaña propia del enemigo al cual combatiría tan sólo en apariencia, interpretándose su estrategia como un pérvido ardil tras el cual enmascara su auténtico propósito. Eso es precisamente lo que significa en castellano el término «avatar», una brusca transformación de opinión o partido.

Nuestro vocablo catellano viene directamente del sánscrito, en donde «avatar» significa el descenso de una divinidad a la tierra para encarnarse. La fascinación que logran ejercer los argumentos de Maquiavelo confunden a sus adversarios y, haciendo los honores a esa etimología sánscrita, el maquiavelismo parece conseguir algo así como verse reencarnado en sus más furibundos detractores. Es como si el estadista que bebiera esa pócima quedara convertido en Mr. Hyde, pese a querer seguir siendo el Dr. Jekyll. Esto es, cuando menos, lo que según Voltaire le sucedió a Federico el Grande, quien, tras consagrarse a rebatir en cuanto moralista las perniciosas tesis de Maquiavelo, demostró saber aplicar a la perfección los consejos recomendados por éste al hombre de Estado que le tocó ser. Se diría que los escritos de Maquiavelo embrujan a sus lectores y que su hechizo se muestra tanto más eficaz cuanto mayor sea la resistencia inicial mostrada hacia su poder de seducción. Federico II de Prusia padeció esta sugestión muy a pesar suyo e

incluso en las páginas de su *Antimaquiavelo* no pudo por menos que reconocer ciertas virtudes inherentes al autor de *El príncipe*: «Si se quisiera —escribió allí— prestar probidad y buen sentido a los enmarañados pensamientos de Maquiavelo, habría que plantearlos más o menos así. El mundo es como una partida de algún juego en donde, junto a los jugadores honestos, también hay bribones que hacen trampa; para que un príncipe, que deba jugar esta partida, no se vea engañado, es preciso que sepa el modo como se hacen las trampas en el juego, para no quedar burlado por los demás»¹.

Ahora bien, antes de abordar este asunto, conviene hacer una precisión bastante obvia que atañe al campo semántico del vocablo «maquiavelismo». Desde luego, Nicolás Maquiavelo nunca hubiera imaginado que su apellido acabaría por constituir él mismo un concepto y se convertiría en una moneda corriente de nuestro lenguaje coloquial. Quizá sólo haya otro pensador cuyo nombre haya corrido igual suerte. Pienso ahora en la expresión de «amor platónico»; con esta expresión acostumbramos a designar un enamoramiento completamente desprovisto de pasión sexual, aunque seamos plenamente conscientes de que su filiación en Platón o sus teorías filosóficas es tan escasa como la relación que guarda el término «maquiavelismo» con las ideas del propio Maquiavelo, cuando dicha palabra es empleada en su acepción más extendida. De ahí que los estudiosos hayan debido acuñar la voz «maquiaveliano» para referirse a su pensamiento y distinguirlo cuidadosamente de la leyenda negra que demoniza sus tesis doctrinales. Pues nuestro lenguaje más cotidiano suele servirse del adjetivo «maquiavélico» para descalificar cualquier comportamiento que demos en juzgar particularmente inmoral y respecto del cual abriguemos la sospecha de que se ha visto animado por las más aviesas intenciones. Si acudimos por ejemplo al Diccionario de la Real Academia, encontraremos definido así el término *maquiavelismo*: «modo de proceder con astucia, doblez y perfidia». Este sustantivo es utilizado como sinónimo de retorcimiento, engaño y mala voluntad. Sin embargo, al contrario de lo que sucede con la expresión «amor platónico», no siempre acertamos a descontar este uso popular del término de las teorías específicamente maquiavelianas.

Así lo advierte, por ejemplo, Edmundo González Blanco en su introducción a una versión castellana de *El príncipe comentado por Napoleón Bonaparte*: «Trátase, en efecto, de uno de los personajes más desacreditados en la historia, de los de reputación más odiosa, de los de nombradía más infame. No hay celebridad menos envidiable que la suya, ni nombre que,

1 Cf. FEDERICO II DE PRUSIA, *Antimaquiavelo (o Refutación del Príncipe de Maquiavelo)*, editado por Voltaire en 1740; estudio introductorio, versión castellana y notas de R.R. Aramayo, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1995, cap. XVIII, pp. 122-123.

como el suyo, haya dado que hablar tanto a la fama, en el concepto de contraseña para todo acto maldito. Según sus numerosos detractores, él inventó la mentira, la traición, la insolente perfidia, la fría crueldad, la ambición sin conciencia, la tiranía sin remordimientos. Diríase que nada de esto había existido antes de la aparición de su obra»². Sin embargo, Maquiavelo no inventó nada de todo eso, sino que se limitó a constatar las reglas de juego utilizadas por quienes detentan el poder político. Tal como señaló Schopenhauer, «reprochar a Maquiavelo el carácter inmoral de sus escritos sería tanto como censurar a un maestro del esgrima que no inicie sus lecciones adoctrinándonos contra los asesinatos»³. Maquiavelo se concentra en analizar los movimientos más adecuados para conquistar e incrementar el poder propio del estadista, y por eso «se ciñe a brindar una solución para dicho problema, como cuando en una partida de ajedrez un observador prescribe algún movimiento, por muy disparatado que sea, sin preguntarse si es moralmente aconsejable jugar al ajedrez»⁴.

Este símil schopenhaueriano relativo al ajedrez sería bien rentabilizado por Ernst Cassirer en su obra *El mito del Estado*: «Maquiavelo —leemos allí— veía las luchas políticas como si fueran un juego de ajedrez. Había estudiado las reglas del juego muy detalladamente. Pero no tenía la menor intención de criticar o de cambiar dichas reglas. Su experiencia política le había enseñado que el juego político siempre se ha jugado con fraude, con engaño, traición y delito. Él no censuraba ni recomendaba estas cosas. Su única preocupación era encontrar la mejor jugada —la que gana el juego. Cuando un campeón de ajedrez se lanza a una combinación audaz, o cuando trata de engañar a su adversario mediante toda suerte de ardides y estrategias, su habilidad nos deleita y admira. Ésta era exactamente la actitud de Maquiavelo cuando contemplaba las cambiantes escenas del gran drama político que se estaba representando bajo su mirada. No sólo se sentía interesado; se sentía fascinado. No podía por menos que dar su opinión. A veces movía la cabeza cuando veía una mala jugada; otras veces prorrumpía en admiración y aplauso»⁵. Al igual que un buen jugador de ajedrez, el político maquiaveliano debe saber aprovechar al máximo las oportunidades que se le

2 Cf. Ed. GONZÁLEZ BLANCO, estudio introductorio antepuesto a su versión castellana de N. Maquiavelo, *El Príncipe, comentado por Napoleón Bonaparte*, Ediciones Ibéricas, Madrid, s.a. [el prólogo está fechado el 12 de mayo de 1933], p. 5.

3 Cf. A. SCHOPENHAUER, *Sämtliche Werke* (hrsg. von A. Hübscher) Brockhaus, Wiesbaden, 1972; vol. II, p. 612n. En la edición castellana de Ovejero y Mauri no figura esta nota del Apéndice a *El mundo como voluntad y representación*.

4 Cf. *ibid.*

5 Cf. E. CASSIRER, *El mito del Estado*, trad. Eduardo Nicol, Fondo de Cultura Económica, México, 1993⁸, p. 170.

van presentando dentro del tablero de la política y su máxima aspiración es domar a la suerte, para no quedar al paro de los veleidosos e imprevisibles cambios de humor que suele presentar el azar. Maquiavelo compara varias veces a la fortuna con un torrente cuya impetuosa fuerza sólo puede verse contenida por los diques de nuestro coraje u osadía, o sea, de la *virtù* maquiaveliana.

Suscribiendo el viejo adagio latino de *audentes fortuna iuvat*, Maquiavelo cree que la fortuna suele auxiliar a los más osados y por ello recomienda ser impetuoso antes que precavido, dado que la fortuna, tal como también sucede con las mujeres, prefiere ser amiga de los más jóvenes y éstos, al ser menos circunspectos y más feroces, logran dominarla con su mayor audacia⁶. El estadista que quiera ganar la partida del poder, advierte Maquiavelo, «necesita tener un ánimo dispuesto a moverse según le exigen los vientos y las variaciones de la fortuna»⁷. Es más, añade, por lo general seguir los dictados de la virtud conllevará su ruina, mientras que secundar lo contrario le resultará harto beneficioso⁸. «A las faltas pequeñas —leemos en su *Historia de Florencia*—, se les impone una sanción, mientras que a las grandes y graves se les da premios. Si observáis el modo de proceder de los hombres, veréis que todos aquellos que han alcanzado grandes riquezas y gran poder, los han alcanzado o mediante el engaño o mediante la fuerza. Por el contrario, los que por poca vista o demasiada estupidez dejan de emplear estos sistemas, viven siempre sumidos en la esclavitud y en la pobreza, ya que los siervos leales son siempre siervos y los hombres buenos son siempre pobres. Los únicos que se libran de la esclavitud son los desleales y los audaces, y los únicos que se libran de la pobreza son los ladrones y los tramposos»⁹.

Maquiavelo constató que dentro del universo de la política rigen otras normas diferentes a las pautas éticas, unas reglas distintas a las imperantes en el orbe moral. La lógica del poder sólo responde al imperativo de la eficacia y se le antoja extremadamente hipócrita no reconocerlo así. De ahí que cuanto más camaleónico sea el ánimo del estadista y mayor sea su destreza para saber adaptarse a las variables circunstancias, tanto mejor le irá en un juego donde la diplomacia y el disimulo, amparados por la coacción, se revelan como las mejores armas, por no decir las únicas. Maquiavelo está convencido de que, «si se pudiese cambiar convenientemente la propia naturaleza de acuerdo con los tiempos y las cosas, nunca mudaría el signo de la

6 Cf. N. MAQUIAVELO, *El príncipe* (ed. de M.Á. Granada), Alianza Editorial, Madrid, 1995; cap. XXV, p. 120.

7 Cf. *El príncipe*, cap XVIII (ed. cast. cit., p. 92).

8 Cf. *El príncipe*, cap. XV (ed. cast. cit., p. 84).

9 Cf. N. MAQUIAVELO, *Historia de Florencia* (prólogo, traducción y notas de F. Fernández Murga), Alfaguara, Madrid, 1979; Libro III, cap. XIII, pp. 172-173.

fortuna»¹⁰. Sin embargo, esto es prácticamente imposible. «Pues no existe hombre tan prudente que sepa adaptarse hasta ese punto; en primer lugar, porque no puede desviarse de aquello a lo que le inclina su propia naturaleza y, en segundo lugar, porque, al haber prosperado siempre caminando por una determinada senda, no puede persuadirse de la conveniencia de apartarse de dicho camino. Por eso el hombre precavido, cuando llega el tiempo de echar mano al ímpetu, no lo sabe hacer y por lo tanto se hunde»¹¹. A la hora de administrar nuestro destino, la fortuna parece controlar algo más del cincuenta por ciento de las acciones en esa empresa¹², ya que nuestro carácter no sabe adaptarse a sus vertiginosos cambios de humor.

«Los hombres pueden secundar a la fortuna, pero no oponerse a ella, pueden tejer sus redes, mas no romperlas» —dictamina el Maquiavelo de los *Discursos*¹³. En sus *Fantasías para Sonderini*, Maquiavelo desarrolla esta reflexión suya sobre la fortuna: «comoquiera que los tiempos y las cosas cambian con frecuencia tanto en lo general como en lo particular y, sin embargo, los hombres no cambian sus fantasías ni sus modos de proceder, sucede que uno tiene durante un tiempo buena fortuna y durante algún otro mala. Quien fuera tan sabio como para conocer los tiempos y el orden de las cosas, sabiendo acomodarse a ellos, tendría siempre buena fortuna o se guardaría siempre de la mala, y vendría a ser cierto que el sabio domina a las estrellas y a los hados. Pero, como no se dan tales sabios, porque los hombres no pueden gobernar su propia naturaleza, se sigue de ello que la fortuna cambia y gobierna a los hombres, teniéndolos bajo su yugo»¹⁴. Al igual que no puede uno saltar sobre su propia sombra, tampoco es capaz de mudar su temperamento y sus hábitos al ritmo que imponen los regates de la fortuna, «porque los humores que actuar te hacen, según concuerden o no con la fortuna son causa de su daño y de tu bien; no te puedes, sin embargo, fiar de

10 Cf. *El príncipe*, cap. XXV (ed. cast. cit., p. 119). Cf. N. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (ed. de Ana Martínez Arancón), Alianza Editorial, Madrid, 1987, Libro III, cap. 9, ed. cit., p. 330.

11 Cf. *El príncipe*, cap. XXV (ed. cast. cit., pp. 118-119). Cf. *Discursos*, Lib. III, cap. 9, ed. cit. p. 332.

12 «Para que nuestra libre voluntad no quede anulada, pienso que puede ser cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero la otra mitad, o casi, nos es dejada, incluso por ella, bajo nuestro control» (cf. *El príncipe*, cap. XXV; ed. cit. p. 117).

13 Cf. *Discursos*, Libro II, cap. 29; ed. cit., p. 277.

14 Cf. *Antología de Maquiavelo* (ed. de M.Á. Granada), Península, Barcelona, 1987, p. 192. Un momento antes ha escrito: «Yo creo que, al igual que la naturaleza ha dado al hombre un rostro diverso, también le ha dado diverso ingenio y diversa fantasía. Y como, por otra parte, los tiempos cambian y el orden de las cosas es diverso, se cumplen sus deseos a gusto y es feliz aquel que armoniza su manera de proceder con la condición de los tiempos y, por el contrario, es desgraciado quien se separa con sus acciones de los tiempos y el orden de las cosas».

ella ni creer evitar su fiera mordedura; porque mientras te ves llevado por el dorso de la rueda, a la sazón feliz y buena, suele cambiar a veces en mitad de la carrera y no pudiendo cambiar tú de persona, en el medio del camino te abandona»¹⁵.

La emblemática rueda de la fortuna gira caprichosamente, sin que nuestro talante sea capaz de acompañarse a tales vaivenes, al resultarnos imposible pronosticar cabalmente sus veleidosos designios. Aunque, bien mirado, quizá sí quepa conjeturar algún que otro pronóstico basado en una experiencia con ribetes estadísticos, pues por lo que suele verse habitualmente la diosa fortuna no sólo gusta de recompensar a quienes esgrimen una gran audacia, sino que también parece decantarse con suma frecuencia por los deshonestos en detrimento de la gente honrada. Cuando menos, eso es lo que piensa el autor del *Capítulo de la Fortuna*. La fortuna —escribió allí Maquiavelo— «frecuentemente a los buenos bajo su pie tiene, a los deshonestos ensalza y, si acaso te promete cosa alguna, jamás te la mantiene»¹⁶. Son sólo tres líneas entresacadas de un poema, pero uno tiene la honda impresión de hallarse ante un magnífico resumen del ideario maquiavélico. Se diría que, aparte de intentar domeñar a la fortuna mediante su portentosa *virtù*¹⁷, el político maquiaveliano está igualmente llamado a emularla y proceder, por lo tanto, a engañar al honesto, ensalzar al canalla y, por descontado, no mantener casi nada de cuanto prometa. Tales fueron, al menos, algunas de sus recetas más célebres, unos preceptos que habrían de forjar la leyenda negra del maquiavelismo y harían que su nombre se convirtiera en un sinónimo de la más refinada perfidia o extrema inmoralidad.

Si, a lo que parece, la fortuna ofició como una gran maestra del maquiavelismo, no resultará extraño entonces que sus detractores quisieran repudiarla. Y así lo intentó hacer al menos el autor del *Antimaquiavelo*, para quien «la fortuna y el azar son palabras vacías de sentido, alumbradas por la mente de los poetas. Eso que vulgarmente se denomina la fortuna de César no significa en realidad sino el cúmulo de coyunturas gracias a las cuales éste vio favorecida su ambición. De igual manera, el infortunio de Catón no denota sino las

15 Cf. *Antología de Maquiavelo*, p. 196.

16 Cf. *op. cit.*, p. 194.

17 Sobre las distintas acepciones del concepto de *virtud* en Maquiavelo puede acudirse con provecho al trabajo de A. PAPACCHINI, *Virtud y Fortuna en Maquiavelo*, en *A propósito de Nicolás Maquiavelo y su obra*, Grupo editorial Norma, Barcelona *et alia*, 1993, pp. 35-76, *passim*. El trabajo que precede al recién citado, cuyo título es *Maquiavelo y «El Príncipe»* —de Lelio Fernández— tampoco tiene desperdicio (cfr. *op. cit.*, pp. 9-33). Cabe acudir también al trabajo de Alberto SAONER, *Virtud y virtù en Maquiavelo*, recogido en las actas de la «V Semana de Ética»: J.M. GONZALEZ y C. THIEBAUT (eds.), *Convicciones políticas, responsabilidades éticas*, Anthropos, Madrid, 1990, pp. 21-40.

inopinadas desgracias que se cebaron en él, esos contratiempos cuyos efectos respondían tan subitamente a las causas como para que su prudencia no pudiese preverlas ni contrarrestarlas. Confieso que no es mal negocio éste de contentarse con un nombre en lugar de con una realidad; de ahí que de todos los dioses del paganismo sólo hayan pervivido la fortuna y el azar. Después de todo tiene sus ventajas, pues los imprudentes atribuyen la causa de sus desgracias a la adversidad de la fortuna, mientras que quienes consiguen algo al margen del mérito erigen al ciego destino en una divinidad cuya sabiduría y justicia son admirables. Desde luego, en tanto que simples hombres, nunca estaremos por encima de lo que se da en llamar golpes de la fortuna. Sin embargo, pese a ello, debemos arrebatar cuanto podamos, mediante la sensatez y la prudencia, al azar y al acaso. Los hombres no necesitarían sino la omnisciencia divina para combinar una infinidad de causas ocultas y llegar a conocer así hasta el más pequeño resorte de los acontecimientos, a fin de poder sacar, mediante todo ello, atinadas conjeturas con respecto al porvenir»¹⁸.

Reinhart Koselleck dedica un comentario a estas líneas de Federico en su obra *Futuro pasado*: «Federico se esforzó por desarrollar un sistema político que le permitiera poner todas las circunstancias de su tiempo al servicio de sus planes. De modo que Federico despidió a la vieja Fortuna de Maquiavelo sin poder renunciar del todo a su contenido semántico. Ocuparon su lugar los conceptos del tiempo (a tiempo y contratiempo), pero quedaron limitados racionalmente en su ámbito de aplicación por la pregunta acerca de los motivos y las intenciones. El azar puntual se hace patente entonces como un haz de causas, se convierte en un mero nombre sin realidad y de ahí que haya que explicar por qué «fortuna» y «azar» han sobrevivido hasta ahora como los únicos dioses paganos»¹⁹. Federico desconfía de la fortuna y del político temerariamente audaz que apueste por aliarse con ella siguiendo el parecer de Maquiavelo. «La audacia —escribió— resulta brillante, lo reconozco, impacta y deslumbra; pero no se trata sino de una belleza superficial, preñada de peligros. La prudencia es menos vivaz y su destello es mucho menor; pero camina con paso firme y sin vacilar. No suele hablarse de los temerarios que han perecido, sino tan solo de los que han sido secundados por la fortuna. Ocurre lo mismo que con los sueños y las profecías: entre un millar que han resultado falsas y caen en el olvido, sólo se recuerdan un escaso número que se han visto confirmadas. El mundo debería juzgar los acontecimientos por sus causas, y no las causas por el acontecimiento»²⁰.

18 Cf. FEDERICO II DE PRUSIA, *Antimaquiavelo*, ed. cit. cap. XXV, pp. 170-171.

19 Cf. R. KOSELLECK, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (trad. de N. Smilg), Paidós, Barcelona, 1993, p. 159.

20 Cf. FEDERICO II DE PRUSIA, *Antimaquiavelo*, cap. XXV, p. 175.

En lugar de contar con el imprevisible respaldo del azar, Federico mantuvo que los gobernantes debían mostrarse fieles a un plan de conducta trazado como una demostración geométrica. «Seguir en todo momento un sistema semejante constituiría el método de actuar consecuentemente y de no apartarse nunca de su meta, relacionando así todas las coyunturas y todos los acontecimientos con el cauce de sus deseos; todo concurriría entonces para ejecutar los proyectos que se habrían meditado»²¹. Sin embargo, Federico ganó sus batallas más cruciales, aquellas que le permitieron convertir a Prusia en una gran potencia europea, no tanto por sus cualidades como estratega militar, sino por un inesperado respaldarazo de la fortuna. Y, por otra parte, lejos de refutar a Maquiavelo con su conducta como gobernante, nunca dejó de guiarse por aquellos preceptos maquiavelianos que quiso criticar. Así lo dictaminó Voltaire, tras haberse tomado la molestia de corregir y publicar su *Antimaquiavelo*. Como veíamos al comienzo, en sus *Memorias* Voltaire nos brinda la siguiente caricatura de Federico: «Al rey de Prusia, algún tiempo antes de morir su padre, se le ocurrió escribir contra los principios de Maquiavelo. Si Maquiavelo hubiera tenido un príncipe por discípulo, la primera cosa que le hubiera recomendado habría sido escribir contra él. Pero el príncipe heredero no hubiera comprendido tanta sutileza»²². «Pronto se vio que Federico II, rey de Prusia, no era tan enemigo de Maquiavelo como el príncipe heredero había parecido serlo»²³.

Este juicio de Voltaire no es del todo cierto. Tomándolo al pie de la letra, podríamos pensar que fue la corona quien convirtió en un estadista maquiavélico al pensador partidario del antimaquiavelismo. Así las cosas, sólo el ejercicio del poder habría impulsado ese tránsito de un moralista insobornable hacia un político realista que decide rendir culto al pragmatismo. Únicamente su acceso al trono le habría hecho ir comprendiendo las razones del pensador florentino, llegando a modificar incluso su apreciación acerca del mismo, tal como testimoniaría por ejemplo su *Testamento político*: «Maquiavelo —leemos en las *Ensoñaciones políticas* de Federico— dice que una potencia desinteresada situada entre dos potencias ambiciosas terminará siendo engullida por éstas. Lamento tener que admitirlo, pero Maquiavelo tiene razón. Los príncipes han de ser ambiciosos a la fuerza»²⁴. Según esta hipótesis, el monarca prusiano sólo habría modificado su valoración de

21 Cf. *op. cit.*, p. 176.

22 Cf. VOLTAIRE, *Memorias* (trad., pról. y notas de A. Izquierdo), Valdemar, Madrid, 1994, pp. 42.

23 Cf. *ibid.*, p. 44.

24 Cf. FRIEDRICH DER GROßE, *Das Politische Testament von 1752* (aus dem französischen übertragen von Friedrich con Oppeln-Bronikowski, mit einem Nachwort von Eckhard Most), Reclam, Stuttgart, 1987, pp. 80-81.

Maquiavelo merced al ejercicio del poder. El estadista habría tenido que suscribir a regañadientes las observaciones de Maquiavelo, aun cuando como príncipe heredero se había molestado en fabricar un antídoto moral para neutralizar sus venenosas teorías políticas. Pero lo cierto es que, dentro del propio *Antimaquiavelo*, ese texto que Voltaire gustaba de presentar como un catecismo ético para gobernantes, nos encontramos en muchas ocasiones con tesis que hacen gala de una notoria estirpe tan maquiavélica» como «maquiaveliana», sorprendiéndonos que Voltaire no las encontrara censurables e incompatibles con un supuesto manual de moralidad.

Los ejemplos abundan y pueden ser escogidos al azar. En uno de sus capítulos, el *Antimaquiavelo* define a los embajadores como «espías destacados en las cortes extranjeras»²⁵ que han de distinguirse «tanto por su astucia como por su flexibilidad»²⁶, porque, «cuando se trata de seducir a los vecinos mediante argumentos especiosos o empleando la vía de la intriga y a menudo de la corrupción, se comprende muy bien que la probidad no haga tanta falta como la maña y el ingenio»²⁷. Con respecto al tema de las promesas, el autor del *Antimaquiavelo* entiende que bien pueden darse «situaciones enojosas en las cuales un príncipe no sepa dejar de romper sus tratados y alianzas»²⁸; por lo demás, añade, tampoco resulta conveniente abusar de tales artimañas, habida cuenta de que sólo se puede «llegar a engañar una sola vez»²⁹ antes de quedar desacreditado ante todos y pierda eficacia nuestra capacidad para engañar a nuestros presuntos aliados. Y, por si todo esto fuera poco, en este supuesto antídoto contra el veneno de las trapacerías maquiavélicas que quiso ser su *Antimaquiavelo*, tampoco deja de proclamarse que la mejor defensa es el ataque y se aboga con entusiasmo por las guerras ofensivas destinadas a evitar el mero fortalecimiento de un enemigo en potencia³⁰.

Semejante repertorio de asertos tan poco edificantes desde un punto de vista ético podría verse ampliado con suma facilidad, pero no parece necesario insistir más en ello. Este tipo de afirmaciones viene a demostrar con bastante rotundidad que ni siquiera cuando Federico pretendía oficializar como un atildado moralista se olvidaba por completo del político entregado al pragmatismo maquiaveliano. Así pues, Federico supone un ejemplo paradigmático de la doble moralidad que caracterizó a la Europa de la Ilustración.

25 Cf. FEDERICO II DE PRUSIA, *Antimaquiavelo*, cap. XXVI, p. 178.

26 Cf. *op. cit.*, p. 182.

27 Cf. *op. cit.*, cap. XXII, p. 158. Aquí sí que Voltaire no dejó de retocar este pasaje para suavizarlo un poco.

28 Cf. *op. cit.*, cap. XVIII, p. 125. Eso sí, recomienda guardar las buenas maneras y advertir a los aliados de la ruptura, impuesta siempre por una menesterosidad ineludible, claro está.

29 Cf. *ibid.*, *supra*.

30 Cf. *Antimaquiavelo*, caps. XXVI y III, pp. 188 y 28 (columna izquierda).

mático del avatar al que parece verse condenado todo antimaquiavelismo, el cual se transforma bruscamente y con suma facilidad en apologeta de las tesis que pretende combatir. Quizá lleve razón Friedrich Meinecke, cuando en el capítulo que le dedica su obra *La idea de la razón de Estado en la edad moderna*, comenta lo siguiente a propósito de la doble faceta esgrimida por Federico el Grande: «Justamente porque Federico creía ver en Maquiavelo una caricatura demoníaca de lo que él, andando el tiempo, habría de poner en práctica, podía prender en él una ira tan reconcentrada, y podía sentirse impulsado a empuñar contra el florentino las armas éticas más potentes que su tiempo podía ofrecerle»³¹. Ahora bien, falta saber si también damos por sentado el juicio de Voltaire y le concedemos que tal hubiera sido el proceder digno del mejor discípulo de Maquiavelo, cuyo maquiavélico plan hubiera consistido en desmarcarse primero de su doctrina para luego pasar a ejecutarla más disimuladamente.

31 Cf. F. MEINECKE, *La idea de razón de Estado en la edad moderna* (traducción de F. González Vicen; pról. de L. Díez del Corral), Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1983, p. 298.